



Breves amores eternos Pedro Mairal



DESTINO

Breves
amores
eternos

Pedro
Mairal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1480

© Pedro Mairal, 2019
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

Grupo Editorial Planeta, S. A. I. C. (2019)
© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5628-7
Depósito legal: B. 20.023-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Un verano feliz

Mi mujer insistió tanto que le dije que sí, que iba a ir a terapia, porque se cree que estoy deprimido. Pero la verdad es que conocí a una mujer en Uruguay. Una gorda lindísima que me hizo tanto bien que ahora la extraño. Pienso mucho en ella y sobre todo en la última vez que la vi. No estoy nada deprimido. La que está deprimida es ella. Deprimida y enojada. De hecho, estuvo enojada todo el verano. Quizá al principio fue mi culpa, supongo. Hice un chiste estúpido ni bien llegamos a Punta del Este: ella se había comprado unas cremas y me dijo esta crema es para levantar la cola y yo dije en voz baja ¿viene con una grúa de regalo? No me lo perdonó porque era el primer día de playa y estaba susceptible, insegura de ponerse el traje de baño. No sé. Hace tiempo nos habría causado gracia, nos podríamos haber reído juntos. Pero ya no se ríe de mis comentarios. Está atacada con el tema de la edad, cumple cuarenta y siete este año. Yo no tengo tanto problema, pero ella sí, todo el tiempo mirándose al espejo, lamentándose por cómo le cambió el cuerpo. Yo me quedé pelado y no protesté tanto. La cosa es que se tomó muy mal mi

chiste, y no sirvió de nada que le dijera que estaba linda ni que le pidiera disculpas. Me tachó, me castigó con lo que sabe que me jode: no cogimos ni una vez en todo el mes.

Yo empecé a juntar una mezcla de bronca y calentura. Era violenta, la calentura. Todo el día rodeado de unas minas increíbles. Íbamos a la playa en Manantiales, porque mis hijos tienen a los amigos ahí. Antes iban amigos nuestros, ahora están los padres de algunos compañeros de colegio de mis hijos, pero no pasamos de saludarnos y hablar un poco de política. La cosa es que entre tantas minas tenía que meterme al mar a cada rato, a enfriarme, me sobraba una energía que me ponía de mal humor, y las pendejas de dieciocho, amigas de mi hija, tomando sol ahí al lado con unos culitos duros y redondos, unas tetitas altas que a cada rato medio se les escapaban de la bikini, y yo hacía un esfuerzo terrible por disimular, parecía una momia con anteojos negros sentado en la reposera porque no movía la cabeza pero miraba todo, no podía parar de mirar minas y de imaginarme que me las cogía a todas. Una vez me masturbé rápido en el baño del parador. No hacía eso en un lugar público desde la adolescencia. Otra vez no aguanté más y me metí a nadar con bronca mar adentro. Me tuvieron que sacar. Lo que me impresionó fue la cara de vergüenza de mi hijo y mi hija cuando llegué a la orilla escupiendo los pulmones. Mi mujer se asustó, pero le agarró por el lado del enojo, cómo hacés una cosa así, mirá si te morís acá, Rodolfo. Esa noche no hablé y al día siguiente dije que me sentía un poco mal, así que los llevé a todos a

la playa y me fui a Maldonado a comprar una manguera que hacía falta para el jardín.

Maldonado es una ciudad chica, siempre me gustó. Di vueltas buscando una ferretería y de repente una cuadra me sonó conocida hasta que vi el cartel que decía Hiroshima. Era un puterío al que íbamos con amigos en los ochentas. Sigue ahí. Estaba la puerta abierta. ¿Por qué no?, pensé. Tenía rabia. Rabia contra mi mujer, que cada noche cuando me quería reconciliar con ella me daba la espalda y me decía estoy agotada. Me sentía tan castrado, frustrado, un pelado calentón que no podía cogerse una pendeja de dieciocho, ni una chica de veinticinco, ni una mujer de treinta, ni una mina de mi edad. Me sentía realmente mal y además me quemaba la cabeza esa historia de la playa, todo ese muestrario de culos prohibidos. ¿Con quién cogían todas esas mujeres? Con cualquiera menos conmigo. Me quedé dentro del auto, en la esquina. Me fijé que no viniera nadie y me decidí a entrar. Había una tipa barriendo. Me dijo está cerrado señor, abre a las veinte. Perdón, perdón, dije pegando la vuelta, y me atajó: ¿A quién busca? Si busca una chica le voy a dar referencias. No entendí bien hasta que la vi dejar la escoba y anotar algo en un papel, en la barra. Me lo dio y salí rápido. Me volví a sentar al volante. El papelito decía Melanie y tenía un teléfono.

Estaba embalado. Pensé en volver a la Punta y llamar después, pero ya estaba dentro de una ola de adrenalina que no sentía hacía tiempo. Yo en general fui siempre fiel. Hace mucho me enredé durante unos meses con una compañera de trabajo —no en la

empresa donde trabajo ahora—, pero después lo cortamos de mutuo acuerdo y nunca más. Después me porté bien. No me quiero justificar. Esto lo hice porque quería. Quería estar con una mujer desnuda, sentirla contra mi cuerpo, no me importaba si tenía que pagar. Llamé desde un locutorio y una voz de mujer muy dulce me dijo que atendía en su casa, que trabajaba sola, me dio la dirección y me pasó la tarifa por una hora. Calculé que eran sesenta dólares en pesos uruguayos. Le dije que iba para allá. No quedaba lejos. Pasé dos veces por la puerta manejando despacio, mirando la casa de una planta, con las persianas bajas, sencilla. Dejé el auto a dos cuadras y toqué el timbre. Me abrió una gorda de ojos verdes, me hizo pasar con una sonrisa medio tímida. Tenía el pelo negro, largo y suelto. Soy Melanie, me dijo. De entrada me gustó, era de esas mujeres gordas con forma, con buenas curvas, pulposas pero con cintura angosta. Me hizo pasar al cuarto, nos desvestimos y nos dimos con todo durante un rato. Era la una de la tarde y yo cogiendo en Maldonado. Pero me dio una felicidad enorme. No sé cómo explicarlo. Me sentí tranquilo, aliviado. Melanie era cariñosa, me trataba bien, me ponderaba, me hacía sentir como un hombre. Daban ganas de hacerla ir a mi mujer para mostrarle y decirle ¿ves lo fácil que es tenerme contento?

En casa decreté que día por medio no iba a ir a la playa sino a jugar al golf, y además solo, o a tirar pelotas. Cargaba la bolsa en el baúl y me iba a pasar una hora con Melanie, que después de vernos un par de veces me confesó que se llamaba Mónica, que era viuda, que había trabajado de noche en el Hiroshi-

ma, que todos los días a las diez de la mañana lo llevaba a su hijo a la colonia de vacaciones y algunas tardes trabajaba de ayudante en una peluquería. Yo, por mi lado, le dije toda la verdad. Le conté todo de mi familia, la pelea absurda con mi mujer. Hablábamos, cogíamos un rato y después yo me iba. Al día siguiente iba a la playa feliz de la vida, sereno, mirando a las chicas pero sin bronca, disfrutando la vista, juntando ganas porque sabía que la veía a Mónica al día siguiente. Era muy linda. Esas morochas blancas, con unas tetotas enormes, un culo carnoso que era una fiesta total. A ella le convenía la hora y a mí también. El acuerdo era perfecto. Un mediodía llevé pollo con papas fritas de una rotisería y almorzamos en su cocina. Me empecé a quedar un poco más de una hora, a veces dormíamos una siesta hasta las tres. Era agradable estar en su casa, tan lejos del cotorreo de la playa, de mi mujer quejándose por la mucama, de mis hijos pidiéndome plata. Esto era otro mundo, más simple, más lento. Un día estaba su hijo porque tenía un poco de fiebre, así que solo tomamos mate en el patio, no hicimos nada y no me importó, de hecho, me gustó, me habló de sus plantas mientras el hijo se acercaba y me dejaba autitos en las rodillas.

El último día que la vi a Mónica, amaneció el cielo cargado con unos nubarrones negros y truenos. Mi hijo había llegado de madrugada, borracho, y el auto estaba chocado, no mucho, pero con el guardabarros rozando la rueda. Lo reté, pero él no sabía que mi bronca era por haberme dejado sin auto justo ese día. Agarré solo tres palos, una madera, un hierro y el

putter, me los ató a la espalda con una correa y me subí a la motito de mi hija. Rodolfo vos estás loco, hay rayos, decía mi mujer, y yo le decía que el golf últimamente era lo único que me hacía feliz. Por el camino me agarró la lluvia, primero suave, después un chaparrón que me ensopó. Antes de llegar me quedé sin nafta y tuve que caminar empujando la moto hasta una estación de servicio. Empezaron a caer rayos y yo con los palos a la espalda tenía miedo de atraerlos, pero seguí. Quería estar con Mónica. Cuando me vio llegar, sonrió y trajo una toalla sin decir nada. Me saqué la ropa mojada y nos metimos en la cama. Puedo decir que algo pasó. No quiero exagerar, ni sé explicarlo bien, pero sé que los abrazos tuvieron otro significado esa tarde. Aunque no dije nada, ella entendió que no nos íbamos a ver más. Afuera diluviaba, Mónica me pasaba muy suave la mano por la cabeza. Sabía que eso me gustaba. Después me trajo ropa seca de su marido, que había sido jardinero y había muerto electrocutado con una máquina de cortar pasto. Sobre una silla me dejó una camisa y un pantalón. Me quedé un rato con ella en la cama, sentí su respiración distinta cuando se quedó dormida y me levanté. Me puse de vuelta mi ropa mojada y le dejé la plata en la mesa de luz. Se despertó un poco y nos dijimos chau con un beso. Le dije que no se levantara y me fui. Al día siguiente volvimos con mi familia a Buenos Aires. Cuando salimos del ferry en Dársena Norte, en la puerta de Buquebús, unos manifestantes contra la papelera uruguaya nos tiraron huevazos que chorreaban por el parabrisas del auto. Yo, antes de saber de qué se trataba,

sentí que me lo merecía, sentí que me estaban escrachando a mí. Pero bueno, uno después se acomoda otra vez a su vida. Por eso digo que no estoy deprimido, pienso en Mónica nomás. Supongo que ya me voy a ir olvidando. Lo que tengo claro es que no voy a hacer terapia. Aunque quizá le diga a mi mujer que voy a ir a terapia, así puedo aprovechar para salir y estar solo un rato.

El anillo

¿A ver cómo te queda?, pregunta una voz de mujer desde el cuarto en sombras. Flaco y desgarbado, él se para bajo la luz del pasillo, frente a la puerta, vestido de fútbol, mirándose las medias azules nuevas y los botines. Muy profesional, ¿son cómodos? Sí, están medio duros, ya los voy a ablandar jugando; bueno, me voy. No vuelvas tarde, Emilio, dice la mujer. Quizá nos tomamos una cerveza después del partido, dice él y sale con el bolso al hombro.

Afuera ya es de noche. Emilio cruza la plaza Las Heras, mira que no venga nadie y, detrás de un árbol, refriega los botines contra el pasto, contra el tronco, camina arrastrando los pies, se frota cada media con la suela del otro pie hasta que quedan manchadas. Sigue caminando y cruza la plaza. Camina varias cuerdas, hasta que en la entrada de un edificio toca el portero eléctrico y le abren.

Arriba su amigo Franco lo hace pasar y se empieza a reír de su atuendo. No te rías. Es regalo de cumpleaños. Si no me visto de fútbol, no me cree. Franco le dice: Vení, ayudame que estoy cortando fruta para

los daiquiris. Pará que me saco esto, dice Emilio y se mete en el baño.

En la cocina, ya cambiado con jeans y una remera, lo ayuda a Franco a cortar fruta mientras fuman un porro. Pero la camiseta no va a tener olor a chivo, dice Franco. Bueno, ¿qué querés que haga?, ¿que salga a correr?, ya embarré los botines, la camiseta la hice un bollo y la metí en el bolso. ¿Vos te pensás que no se da cuenta? Creo que no, dice Emilio. ¿Pero no te dice nada? Que no vuelva tarde, me dice. Pero yo creo que ya ni le importa. A veces llego antes que amanezca, me meto en la cama y ella se despierta y se hace el desayuno, yo duermo a la mañana, después me voy a la redacción y ella duerme la siesta. Nos turnamos para dormir. ¿Y ella qué hace todo el día? No sé, duerme y come.

Siguen cortando frutillas y duraznos. ¿Che, no es medio de jovato el daiquiri?, pregunta Franco. Sí, puede ser, estas minas deben tomar *speed* con vodka, esas cosas. Pero el daiquiri es dulce y además tiene fruta, les gusta, me parece. ¿Son todas de la revista, las que vienen? No, vienen con amigas. Hay una amiga de Lola, medio brasilera, que tiene un culo para poner en un marco. ¿Sonó el timbre?

Cuando el departamento está lleno de gente y música y humo, Emilio baila en el montón con un vaso en la mano. Ya parece medio frágil. Hay gente sentada en el piso en grupos hablando. Emilio baila con una chica de rulos y vestido corto celeste. De vez en cuando se rozan bailando y ella levanta los brazos. Se sonríen. Tengo que ir al baño, le dice ella al oído. Emilio la sigue y van juntos al pasillo. Hay cola.

¿Esta es la cola para el baño? Una chica de anteojos les dice que sí. Se quedan ahí esperando y Emilio le dice a la chica de rulos: Te voy a decir un secreto. La chica lo deja acercarse. Emilio le habla al oído. Ella sonrío y le dice: Esa no la había escuchado nunca, la que conocía era «Estás más buena que el pollo con papas». ¿Vos sos medio brasilera? Sí, ¿cómo sabés?, mi mamá es brasilera, viví de chica en Brasil. Emilio le da un beso en el cuello, y después se besan en la boca. Cuando paran, ella dice: ¿Vos no estás casado?, te vi el anillo. Sí... pero no. Ya la cosa no... Se siguen besando. Me estoy haciendo pis, dice ella. ¿Querés que nos vayamos? Dale, contesta ella.

Se aprietan en un rincón del ascensor. ¿Cómo te llamás? Emilio. ¿Vos? Sandra. En la calle Sandra hace pis entre dos autos estacionados. No mires. No miro. ¿No viene nadie? No. ¿Qué hacés con un bolso?, le pregunta ella cuando ya están caminando. Tenía que traer cosas a lo de Franco. ¿De dónde lo conocés a Franco? De la facultad, hace como diez años que lo conozco, ¿y vos? Es amigo de una amiga. Pará que te doy un beso acá que la luz de la calle te pone muy sexi, dice Emilio. Se besan en la entrada de un edificio y cuando él le empieza a levantar el vestido, ella dice: Acá no. Él le dice: Vamos a un telo que hay acá a la vuelta en Arenales.

Entran al telo, él paga y buscan el cuarto que les tocó. Cierran la puerta por dentro y ella dice con voz de locutora: Bienvenidos a Juntos Hotel, recuerden que... Y una voz grabada dice por el parlante: Bienvenidos a Juntos Hotel, recuerden que contamos con *room service*, gracias por elegirnos. Él la mira sor-

prendido y se ríen. ¿Tenés acciones acá? Venía con un novio, no debería haber hecho eso, estoy muy borracha, me quiero duchar. Nos duchamos juntos, dice Emilio.

Ella enciende la luz del baño, pero la apaga porque es demasiado brillante. Él abre las canillas y regula la temperatura del agua, que sale con mucha fuerza. Emilio le saca el vestido por arriba de la cabeza. Ella lo ayuda a sacarse la remera. Se desvisten tratando de no dejar de besarse, pero no pueden. Él tiene que sacarse el jean a los tirones, le queda una pierna atascada y pateo hasta que se le sale. Ella se mete en la ducha y él detrás.

La empieza a enjabonar abajo del chorro. Le enjabona las tetas, ella se pone de cara a los azulejos, dándole la espalda. Emilio le sube la mano entre los muslos, le hunde la mano entera de canto entre los cachetes con mucho jabón. Sandra, tenés un culo tan paradito y apretado que te meto la mano y me saca el anillo, ¿sentís?, dice él asombrado, repitiendo el movimiento. Es como un destapador tu culo. De repente algo sale mal. ¿Qué pasó?, dice ella. Él se agacha. Se me cayó, pará, no te muevas, prendé la luz. ¿Me quedo quieta o prendo la luz? Prendé la luz, dice él y cierra las canillas.

En cuatro patas Emilio busca por el piso de la ducha, pero no encuentra nada. ¿No te habrá quedado en...? ¡No!, ¡cómo me va a quedar a mí!, dice ella. Me parece que se fue por la rejilla, dice él. Trata de mirar adentro de la canilla. ¿Tan flojo te quedaba? Sí, siempre me quedó medio flojo. Ella se envuelve en una toalla y se sienta sobre la tapa del inodoro,

cruzando las piernas, sin decir nada. ¿Qué hago?, pregunta él desesperado. ¿Pero está ahí? No sé, no lo veo. Usá la luz del celular. Él busca su celular y con la lucecita alumbra dentro del desagüe. ¡Ahí está! Hay como un codo en el caño y está justo ahí, lo veo. Bueno, pará, dice ella, tranquilizate, vestite y pedí en recepción que venga alguien.

Él insiste con que va a poder sacarlo solo. Necesito algo largo, un alambre. Da vueltas por el cuarto buscando algo que le pueda servir. Vestite que me ponés nerviosa. ¿Vos nerviosa?, ¿y yo qué? Eh, bueno calmate, ¿no era que ya no iba más la cosa con tu mujer? ¿Y vos qué sabés? Vos dijiste. Si ya no estás con ella, dejalo ahí el anillo, ¿para qué lo querés? No entendés nada, nena. ¿Qué cosa no entiendo?, ¿que sos un careta? Emilio se queda callado y después le dice: El día que te cases lo vas a entender, ahora sos muy chica. Bueno, perdoná, qué tonito sabihondo, dice ella. Emilio la mira. Quizá con eso que tenés al cuello lo puedo sacar. ¿Mi cadena?, ni en pedo, no vas a meter mi cadena ahí. Tiene un ganchito perfecto para sacarlo. No. Emilio se pone los jeans y la remera, revuelve en su bolso, trae las llaves y un botín de fútbol al baño. ¿Qué hacés con un botín? Sin contestar, él saca uno de los cordones, saca todas las llaves de la arandela del llavero y la tuerce. Se lastima los dedos, la dobla contra el mármol del lavamanos hasta que queda como una ese y la ata al cordón.

Ella se viste y se vuelve a sentar sobre el inodoro cerrado, secándose el pelo y peinándose. No me voy de acá hasta que lo saco, dice Emilio. Con el cordón ya metido en la rejilla, lo baja y sube con una mano

mientras con la otra trata de iluminar dentro del caño con la luz del celular. A una amiga una vez se le quedó el auto en un telo, dice ella, cuando volvió al garaje no arrancaba, tuvo que entrar el auxilio. Emilio no contesta. Dice carajo en cada intento fallido. Ella se pone los zapatos y dice: Tomalo como una señal, esto te libera, ya está, se terminó lo que te hacía sufrir, yo me separé de mi novio hace dos meses y fue una liberación total, a veces a las relaciones que no funcionan hay que dejarlas que se vayan así, por el caño... ¿Te podés callar, nena?, bastante difícil es tratar de sacar esto de acá como para encima tener que escuchar tus comentarios de pendeja pelotuda. Sandra hace una pausa, se levanta y abre de golpe las dos canillas. Cae un chorro poderoso sobre Emilio, que dice ¿Qué hacés? y trata de cerrar las canillas y tapar el desagüe con el pie. Se oye el portazo de Sandra que se va. Empapado, Emilio trata de que no entre agua por la rejilla, se agacha, mira de nuevo con la luz del celular y dice: Mierda, pendeja hija de puta. Se queda sentado en la ducha con el pantalón y la remera mojados.

Camina despacio por la calle con el bolso al hombro. Vuelve al departamento donde estaba la fiesta. Queda poca gente. Lo busca a Franco entre los grupitos de borrachos. Franco está en la cocina. ¿Qué te pasó?, ¿está lloviendo? Emilio le cuenta, hablan un rato. Franco se ríe, después dice: ¿Y si mandás a hacer otro? No, se va a dar cuenta, además tenía su nombre grabado, los mandó a hacer ella. Lo único que se me ocurre es que le digas que te afanaron por la calle. ¿El anillo solo? Y algún documento. ¿El

celular no? Guardá el chip y dejá el aparato acá, dice Franco. No me va a creer, se va a dar cuenta de que no me pasó nada, tendría que estar golpeado, así por lo menos cree que defendí el anillo, si no... Se quedan callados. Pegame en la cara. No, dice Franco, estás loco. Una sola trompada, dale. No. Pegame con algo, te lo pido por favor. Pegame con la tabla de picar. Emilio insiste, agarra la tabla de madera y se la pone a Franco en la mano. Entra gente a la cocina. Franco los hace salir. Ensayan más o menos con qué enviён le va a pegar. Estás seguro, ¿no? Sí, dice Emilio poniendo la cara, con las manos en la espalda. Franco le amaga un golpe plano sobre la ceja, pero se acobarda por el camino y le pega a medias y de refilón. ¡De vuelta, más fuerte, cagón de mierda, dale!, grita Emilio. Franco levanta la tabla y le pega un planazo sólido que le da justo en la ceja y el pómulo. Emilio levanta la mano para que no siga. Tiene el ojo cerrado. La ceja le empieza a sangrar. ¿Fue muy fuerte?, pregunta Franco. Está bien, dice Emilio. Te chorrea sangre, sentate un rato, le dice Franco. Pero Emilio dice que no, y se va.

Se vuelve caminando, se mancha con sangre a propósito la remera y el jean. Llega a su casa. Se saca la ropa en el lavadero y la mete en un balde que llena de agua por la mitad. En calzoncillos, se mete al baño, se mira al espejo y se limpia la sangre seca con jabón y papel higiénico. Tiene la ceja y el pómulo muy hinchados, pero ya no le sangra. Sale del baño, camina por el pasillo y entra en la oscuridad del cuarto.